







Table with multiple columns showing train routes and schedules between Madrid, Oviedo, Gijón, Avilés, San Juan, and other locations. Includes station names and times.

NOTA.—El tren correo de Madrid á Gijón y viceversa, no admite viajeros mas que de primera y segunda clase.—El mixto que viene de Madrid, como los demás mixtos y correos de la provincia, llevan coches de las tres clases. DILIGENCIAS.—Salen de Oviedo: Para Grado, Salas, Espina y Luarca, á las seis de la mañana.—Para Tineo y Cangas de Tineo, á las tres de la tarde.—Para Pola de Siero, á las tres de la tarde.

Advertisement for 'ROCOFULL' photography studio, featuring an illustration of a woman at a camera and text describing their services.

Advertisement for 'Gran Relojería y Taller Mecánico' by Raimundo Caldevilla, featuring a clock illustration and text about watchmaking services.

Advertisement for 'BIBLIOTECA DE NOVELISTAS DEL SIGLO XX' listing various authors and titles like 'Amor y pedagogía' and 'La Voluntad'.

Advertisement for 'Máquinas SINGER para coser' highlighting features like 'Mas de quinientos modelos' and 'Máquina Bobina Central'.

Advertisement for 'LA ECONOMICA IMPRENTA' located in Santo Domingo, 1, bajo, Oviedo, offering typographic services.

Advertisement for 'El Andorrano' clothing store, specializing in men's clothing and fabrics, located in Gijón.

Estomacalina Alfajeme

De las especialidades para curar conocidas las enfermedades del Estómago é intestino única verdad que la ciencia ha comprobado sus excelentes resultados en los ensayos hechos en los hospitales de Madrid por las eminencias médicas, doctores Mariani, Horguecas, Medinavet, Huertas, Pérez Valdés, Estévez, Montaña y otros, es la Estomacalina Alfajeme, pudiendo comprobarlo todo enfermo con tomar una botella. Precio, cuatro pesetas botella. Conde de Romanones, 8 y 10, farmacia, Madrid. Oviedo.—D. José García Braga, y Ceñal hermanos.

FOLLETÓN DE "EL PROGRESO DE ASTURIAS" 35

RAFAEL ALTAMIRA

REPOSO

bre su miseria presente, haciéndola más sórdida de lo que debía ser, un porvenir cómodo. El ejemplo de la familia de Nardo, de la del alcalde, mantenía en todos cierta esperanza de llegar también, más ó menos pronto. No demostraban impaciencia; y cuando las cosas se ponían muy mal, emigraban al Africa, donde, además, iba todos los años buen número á las faenas de la siega. Por todas estas condiciones, Juan no experimentaba exaltación ninguna á la vista del problema económico de aquellos aldeanos. Se interesaba, veía la necesidad de su remedio; pero pensaba en éste, por imposición de la misma actitud de los interesados, como en una cosa llanamente factible, sin sacudidas, en medio de la paz en que vivieron hasta entonces los espíritus. En lugar de las excitaciones y las cóleras que las injusticias sociales levantan

taban antes en su alma, hallaba en el estudio de aquella miseria un motivo de interés cuyo ritmo se acomodaba perfectamente á la serenidad que había conquistado; y de cada vez comprendía mejor, no sólo la utilidad de la acción que su tío ejercía sobre aquella gente, sino el tono patriarcal y conciliador que la caracterizaba. Las quejas tocante al agua le interesaron especialmente. Se había hecho explicar con detalle la organización de los riegos, que ya, desde su primera excursión al monte con Cristóbal, venía excitando su curiosidad. La llanura se regaba con agua de un pantano vecino. Cada unidad de medida de tierra tenía adjunto el derecho á un minuto de agua; pero la había también independiente de toda posesión territorial, la que se llamaba «agua vieja»; y como el minuto no bastaba para las necesidades de la agricultura, imponíase la compra de otros suplementarios, ya de agua vieja, ya de labradores que no regaban en aquella ocasión sus plantíos. El resultado de esto era un verdadero mercado ó Bolsa de valores hidráulicos, que oscilaban con tanta irregularidad como los valores públicos y que, á veces, ponían la hora de riego á precios enormes, que el labrador no podía pagar.

Las explicaciones de este hecho eran sin embargo, contradictorias. Los campesinos no sabían bien sino que tenían que pagar cara el agua, muchas veces. Pero Juan no se contentó con esto. Quiso ver un mercado, y pidió á su tío que le procurase ocasión para ello. XXIV La ocasión llegó, dos días después, motivada por un viaje de don Vicente á Levantina. Se convino en que le acompañaría Juan y que á la vuelta harían alto en Samanet, pueblecito donde era costumbre celebrar el mercado de agua. De Villamar salieron algo tarde, entretenido don Vicente por una consulta de varios labradores y la visita de un enfermo; y el caballo de la tartana tuvo que apretar el paso para que no les cogiese la fuerza del sol en el camino. La mañana era despejada excepto por el lado del mar, en que una larga cadena de cúmulos pequeños se movía lentamente, empujada por una brisa ligera. Cerca ya de la ciudad, encontraron á Gamba con una de sus hijas. Marchaban á pie, entre el polvo de la carretera: él, sin más defensa contra el sol que la boina, ella arrebujada la cabeza con el mantón negro, cuya sola

vista hacía sudar. Don Vicente les mandó subir. Era su costumbre, siempre que hallaba en el camino á gentes de Villamar, y lo mismo hacía con las cigarreras que todas las mañanas acudían á la Fábrica de Tabacos desde los pueblecillos de la llanura, distantes, algunos, más de una legua. Las pobres mujeres conocían ya desde lejos la tartana de don Vicente y daban un suspiro de satisfacción al verla, doliéndose de que esto no ocurriese á menudo, pues el dueño escaseaba todo lo posible, en su odio á las ciudades, las visitas á la capital. —¿A qué vas á Levantina?—preguntó don Vicente. —Vamos á ver si pagan la lactancia de ésta—contestó Gamba. —Trabajo os mando. ¡La Diputación está siempre tan mal de dinero!... Y de lo último que se acuerda es de las no-drizas de los hospicianos. La última parte del camino se hizo muy fatigosa. La carretera descendía por una cuesta larguísima y en curva, encerrada entre el promontorio del Castillo y sus estribaciones. Juan recordaba bien el calor que habían sufrido al pasar aquel trozo, el día de su llegada. También ahora picaba el sol, y el polvo formaba nubes asfixiantes al paso de las diligencias, repletas de gente, y de la carretería pesada, con

sus interminables tiros de mulas de andar calmoso, donde los conductores dejaban marchar libremente, mientras ellos dormían tendidos sobre la carga de cajones y sacos. De pronto, al volver un recodo, apareció el mar de un azul intenso, moteado de blanco por la espuma que el oleaje levantaba; y la brisa, cada vez más fresca, azotó el rostro de los viajeros y ensanchó sus pulmones. A medida que avanzaban, el trozo de mar iba ensanchándose, alargando la línea de su horizonte luminoso, en que aún vagaban los cúmulos do blancura deslumbradora; y, á poco, aparecieron los balnearios, detrás de cuyos techos de madera, engalanados por gallardetes, se perfilaba la muralla del puerto, coronada por los palos y jarcias de los buques anclados. La tartana paró á la puerta del Hotel Miramar, donde don Vicente se alojaba siempre que iba á Levantina. —Tengo mucho que hacer y no puedo detenerme—dijo el anciano á su sobrino.—A la una vendré á almorzar. Supongo que preferirás quedarte solo á venir conmigo de oficina en oficina ó de casa en casa... —Por supuesto—afirmó Juan. —Mira á ver si nos dan una habitación que tenga vistas al puerto. Te distraerá mucho ver desde allí el mo-